Hambre, inseguridad y anécdotas

Marlowe

Capítulo 1

Hoy me levanté más temprano, quizá menos ansioso, pero de todos modos sin apetito. Salí de casa a las diez menos siete y caminando, sintiendo ese rico aire frío matutino, buscaba con la mirada algún auto o mototaxi que me llevara a la estación del tren. Me sentía realmente a gusto conmigo mismo. Sentí el poder en mis brazos, aquellos brazos que había trabajado anoche arduamente y que peligraban con romper el hilo de mi casaca.

¿Quién hubiera pensado que al llegar al trabajo todo cambiaría? Pero de eso todavía no hablaré… Basta decir que la primera señal de decaimiento que sentí fue cuando advertí que después de bajar del tren seguí sin sentir hambre. Con la esperanza de padecer un autoengaño fui a sentarme a una banca en el parque que queda a dos cuadras del imponente edificio en donde trabajo. Me senté allí con el aire más tranquilo e ingenuo posible, pero miraba a todos lados como si esperara la llegada de alguien. "Tal vez no la volveré a ver más", pensé sintiéndome extrañamente desilusionado al no ver a aquella chica en ninguna parte. Saqué de mi mochila mi desayuno, empecé a dar unos primerizos e inseguros mordiscos, hasta que de pronto sentí que toda la comida se me atragantaba en la lengua y no lograba pasar. Era insoportable. "Tienes que comer", me dije. Utilicé la saliva como medio para digerir mejor el alimento. Pero si tuve éxito fue ínfimo. Entonces, al volver la vista hacia atrás, la vi aparecer como un rayo. Logré reconocerla enseguida, a pesar de llevar una ropa distinta a la de ayer. Ella también pareció impresionada, o tal vez ofendida. Se detuvo al poco tiempo en que la miré, e instantáneamente se sentó en la banca que yo había ocupado ayer, es decir, la que actualmente estaba a su lado. Por un momento pensé que aquella sorpresa manifestada en su rostro y sus movimientos se debían a que había descubierto a un usurpador de bancos en persona. Pero luego esa idea estúpida desapareció de mi mente, lo que no desapareció fue la estúpida emoción que empecé a sentir luego de advertir que había vuelto. Para distraerme volví a la lucha con el desayuno. Masticaba y masticaba y mi lengua no me hacía caso, se negaba a cumplir su función. O tal vez era mi mente que me hacía sentir como si no tuviera hambre. Adopté varias posturas mientras disputaba esta dura batalla de masticar y tratar de pasar, y cada vez me sentía más ridículo. No sé si en ese transcurso la chica me miraba porque no podía verla muerto de la vergüenza y la impotencia en que estaba, pero supongo que en algún momento atraje su curiosidad y se mató de la risa. En un momento determinado me harté, miré la hora en mi reloj y decidí que fue suficiente por hoy; guardé el desayuno en mi mochila y me levanté. Ni siquiera volví la mirada hacia atrás al irme. Quizá lo mejor sería no conocernos.

Las cosas no mejoraron cuando ingresé al edificio. Cada reporte, cada ficha a llenar me hacía sentir más estúpido y al borde del llanto. Había quizá un respiro cuando me pedían cosas que podía hacer. Entonces me sentía más tranquilo y seguro y olvidaba por un momento el miedo de

hablar con un millón de personas y acordarse sus nombres y sus funciones. Y aunque mi jefe inmediato era comprensible conmigo, y el hombre que me instruía era un buen tipo, sentía que me llevaría un montón de años lograr hacer lo que ellos hacen. También era terrible ver la familiaridad con la que se trataban, el aire amiguero y los chistes que se hacían y la disonancia que había conmigo, por ser nuevo e inexperto. No por esto eran malas personas. Es más, pensé que eran las mejores personas con las que una persona soñaría con trabajar. El problema era que yo no encajaba. No encajaba con nadie.
Así terminó el día. Un día por demás lamentable, aunque se aprendió cosas nuevas. Llegué incluso a casa con la esperanza de fortalecer aquellos asuntos en los que flaqueaba, y me asombró mucho lo fácil que había resultado si uno no estaba nervioso.
A propósito, durante el almuerzo yo salí como todos los días a comer en un restaurante que estaba cruzando la avenida. Pedí algo que estaba seguro que podía comer. La sopa fue excelente. Mi estomago se abrió y rugió y quedó satisfecho, pero hubo un poco de reticencia con el segundo. Afortunadamente, vino a sentarse la dueña del local en mi mesa con su plato de comida. Me preguntó amablemente si podía sentarse y yo sorprendido pero feliz acepté. Me preguntó en dónde trabajaba, le señalé el edificio y ella quedó sorprendida. "¿De qué universidad egresaste", me preguntó. Le expliqué entonces que seguía siendo estudiante, que estaba en un instituto y que mi trato con la empresa era por un mes. Sin embargo no dejó de sentirse maravillada y se sintió en la seguridad de contarme su historia.
De aquel viaje a Chile hace 20 largos años, donde buscó empleo de casa en casa como ama de casa y en donde en una ocasión perdió ante una boliviana por cobrar más barato, pero que al final encontró un lugar decente y se entregó al cuidado de un niño ciego. Aquel niño ciego, hijo de la directora de un colegio y de un médico, era un prodigio para la música, contando, por supuesto, con su discapacidad. Fue ella quien descubrió su talento un día en que dejó que el niño tocara la batería en un supermercado. Me dijo que el niño se puso feliz de chocar los palillos con los tambores, y que desde ese día repitió las visitas. Entonces no pudo evitarse correr el chisme y su madre le compró su propia batería para que pudiera tocar todo el día e hizo venir a la casa un profesor de música para enseñarle lecciones. Sin embargo el niño no se sentía con la suficiente seguridad como para tocar en público. "Allí intervine", dijo la señora. Llevó al niño a su colegio y frente al director le pidió que tocara la batería. Al solo ser una persona el niño no tuvo problemas, pero lo que no supo es que había todo un público silencioso escuchándolo con asombro, y que también estaban sus padres. Grande fue el aplauso que se oyó en el recinto cuando el niño terminó su pieza. Todos lo ovacionaron ante su talento y no creían que una persona con perfecta visión podría hacerlo mejor. El niño desde entonces tuvo más confianza con su habilidad y tocaba más seguido frente al público. "¿Y qué fue de él", quise saber. La señora se quedó pensando por un buen rato, hasta que al fin dijo con un aire triste: "Decidí irme a Perú por unas cortas vacaciones para visitar a

mis padres. Cuando quise regresar no pude. Me castigaron por 5 años por haber vivido en Chile de manera ilegal. Entonces tuve que buscar nuevamente empleo. Me casé con un hombre que me dio un hijo y una hija, aquellos que vez que atienden a las personas”

La muchacha, al sentirse aludida, me miró con una sonrisa al pasar por mi lado. El muchacho hizo una corta presentación. Era una mole a su corta edad. Un tipo muy simpático. Luego, miré mi reloj y me di cuenta que se me hacía tarde.